

Jorge González Bastías

Diálogos montañeses

El sol de Estío, ardiente, se aquieta en el follaje.
Zumban los abejorros. Arde el aire y las piedras;
las dos ancianas hablan extrañas al paisaje,
limpian su trigo y hablan con cansancio de yedras.

—¿Sabes, hermana? El niño asegura, asegura
que al alzarse el lucero antes de la mañana
pasó junto a la luna besándola...

—Impostura

... frente al monte Dorado...

—No puede ser, hermana.

... que despedía luz tan intensa y tan viva
que tuvo miedo, miedo del prodigio; la luna
dice que estaba triste; que a esa hora iba
el viento lamentándose... Será mala fortuna,

hermana, que nos viene.

—Este niño, precisa
enderezarlo un poco. ¿Quién ha visto el lucero

pasar junto a la luna antes de la Ceniza
frente al monte Dorado?

—Sería mal agüero.

Sabes tú como siempre anda, canta que canta,
grita que grita: nunca de nada está seguro.

Algo tiene en los sesos y su locura es tanta,
hermana, que se ríe de nosotras, te juro...

• • •

Avanza cauteloso, acortando el sendero
un anciano. El también tiene trigo en avienta.
Sin duda que ha mirado en la noche al lucero
y contará si el niño dice verdad o inventa.

—Estén con Dios, vecinas. Encontré hace un mo-
[mento
al niño en los breñales pastoreando el ganado
y me contó una historia...

—¿Lo del lucero?

—Un cuento
de locas maravillas que tal vez ha soñado.

Dice que en la montaña halló un árbol espeso
de hojas oscuras, lleno de brotes encendidos;
que al tocarlos restalla una flor como un beso
y otra flor y otra flor... milagros repetidos.

Que fué tanto su pasmo, que cerraba los ojos por si estuviera preso de encantos turbadores, y se alejó temblando y cruzó los rastros para contar el caso a los demás pastores...

Asombro dolorido en los rostros marchitos. La labor de la era se detiene un momento. Canta la tarde, cantan los vuelos infinitos de un soñar uniforme que se va con el viento.

Plañe un balar de ovejas en laderas vecinas, plañe un cantar lejano y...

—¡Ya vienel

—¡Ya vienel

Una vuelca los ojos, triste, por las colinas. La otra, descreída, no sabe lo que tiene.

Las ovejas avanzan blancas y gemidoras y tras ellas un grito: ¡ah, lá, lá. Ah, lá, lá...! Llega el pastor, las manos en alto, triunfadoras. Trae acaso una flor, una estrella quizá!

—Abuela, abuela, miren... una piedra de oro... la hallé en aquel barranco...

—Es oro, es oro puro!

Quedan mudos, suspensos, y temen que el tesoro se torne en flor o pájaro, y requiera un conjuro.

—Lo hallé en aquel barranco . . . como un extraño
[fuego
se me clavó en los ojos. Me llené de temor . . .
A la Virgen del cielo me encomendé en un ruego
y aquí está . . .

—Es oro puro.

—¡Oro puro, Señor!

Nunca fuera un crepúsculo de sombra más liviana,
de más leves suspiros, de más santa dulzura.
Nunca se oyó gemir una brisa serrana
anunciando una noche de mayor hermosura.

Paso las dos ancianas buscan la humilde choza
con creciente temor a los ruidos lejanos:
Ven al árbol, la roca, la serranía umbrosa
tomar formas humanas y levantar las manos!